

Un mundo sin guerra

Joseph Rotblat

Soy un hombre de paz. Soy un pacifista. Aborrezco la guerra. Me desagradan cualquier tipo de conflicto, pero no soy un pacifista absoluto. Me autodescribiría como un pacifista realista aunque esto parezca como una incongruencia. No soy un pacifista absoluto porque yo no creo en absolutos. La naturaleza es tan inmensamente rica en su infinita variedad que nada debe ser excluido. En forma similar, cualquier cosa puede pasar. Aun sucesos que parezcan fuera de este mundo pueden ser realizados si hacemos y ponemos un gran esfuerzo y fe en ello. Uno de esos eventos es un mundo sin guerra. No importa cuáles sean sus creencias sobre cómo se originó la vida humana en este planeta, ya sea que tomen literalmente la versión de la Biblia de que fue la acción de Dios en el sexto día de la creación o, si aceptan el punto de vista naturalista, de que es el resultado de un infinito número de cambios en la estructura molecular de algunos elementos en el transcurso de miles de millones de años, todos concordamos en que la vida es el don más preciado. No podemos aceptar la idea de que la vida humana desaparezca del planeta, y mucho menos, debido a la acción del hombre. La especie humana está en peligro y aun así lo imposible, lo inimaginable, se ha hecho ahora posible. La futura existencia de la especie humana ya no puede ser garantizada. La especie humana es ahora una especie en peligro.

Claro que todos sabemos que habrá un final de la vida humana en este planeta, pero siempre se ha pensado que será como consecuencia de un cataclismo natural como el choque de un cometa o una excepcional serie de erupciones volcánicas. Algunos de esos sucesos han sido parcialmente responsables de la extinción de ciertas especies animales que una vez dominaron el mundo, en otras palabras los dinosaurios. No tenemos todos los detalles de cómo ocurrió eso. Pero el hecho de que aconteció hace 65 millones de años y nada de tal magnitud ha ocurrido desde entonces. Eso significa que podríamos seguir viviendo sin tener muchos temores. El hecho de que el hombre es el causante de graves daños a sí mismo, es algo muy cierto. A través de la historia hemos presenciado innumerables guerras y las terribles carnicerías que ocasionan. Lo más asombroso de todo es que, en términos absolutos, el mayor número de víctimas ocasionadas por la guerra han ocurrido en este siglo, el siglo "de la inteligencia." En la primera guerra mundial, más de 18 millones de personas perecieron como consecuencia directa de esa guerra. En la segunda guerra mundial, más de 60 millones de seres humanos perdieron la vida. A partir del fin de esa conflagración, se han originado numerosos conflictos, sobretodo en los países en desarrollo, con la pérdida de más de 40 millones de personas. En todos estos terribles, trágicos eventos, la especie humana no estuvo del todo amenazada. La principal razón fue la carencia de técnicas para que eso ocurriera. Ahora eso se ha superado por medio del desarrollo de las omnicidas bombas que destruyeron Hiroshima y Nagasaki. La destrucción de esas ciudades fue el heraldo de una nueva era, la Era Nuclear. La principal característica de dicha era es que por primera vez en nuestra historia hemos adquirido la tecnología necesaria para poner fin a toda la raza humana en una simple acción.

Tal vez algunos creen que estoy exagerando. Nosotros, los científicos que comenzamos a crear la bomba atómica, nunca creímos que eso pudiera ser el resultado de nuestro trabajo. Cuando iniciamos los estudios de la bomba atómica, teníamos una idea bastante aproximada de su enorme y destructivo poder. Sabíamos que habría una terrible explosión, una enorme onda de calor y hasta la lluvia radioactiva. Sabíamos que el uso de dicha bomba podría destruir ciudades como Hiroshima, y más tarde, que las bombas de hidrógeno vaporizarían a urbes como Nueva York. Aun así, creímos que no era una amenaza para la humanidad, porque para eso se necesitaría un enorme número de artefactos, tal vez más de cien mil. Ni siquiera en nuestros más pesimistas pensamientos pudimos imaginar una situación en la que fueran producidas un número tan monstruoso de armas. No podíamos creer que algo así pudiera ocurrir. No obstante, en un corto tiempo más de cien mil armas nucleares fueron acumuladas por los Estados Unidos y la Unión Soviética.

Hace 42 años, cuando se publicó el Manifiesto Russell-Einstein, un número de científicos advirtió a la gente y a los gobiernos sobre este nuevo peligro. Esto es lo que dijimos: "En esta ocasión hablamos no como miembros de ésta u otra nación, continente o credo, sino como seres humanos, miembros de la especie humana, cuya continuidad de existencia está puesta en duda." Y continuamos, "ésta es la pregunta que hacemos al mundo, árida, terrible e inescapable: ¿ponemos fin a la raza humana o la humanidad renunciará a la guerra?" Yo soy el único superviviente de los que firmaron ese manifiesto. Por lo tanto, es mi deber, mi misión, continuar haciendo esa pregunta: "¿Ponemos fin a la raza humana o la humanidad renunciará a la guerra?" Con el fin de la Guerra Fría, el peligro inminente ha disminuido. Ahora estamos en el proceso de reducir gradualmente los arsenales nucleares y tal vez, lo espero de corazón, deshacernos en un futuro cercano de todas las armas nucleares. No obstante, ese sólo hecho no eliminará el peligro por completo, porque otros medios de destrucción masiva pueden ser inventados por científicos a menos que tomemos las medidas para prevenir que eso ocurra. Debemos desarrollar en nosotros un nuevo sentimiento, el sentimiento de pertenecer a la humanidad, una nueva lealtad, la lealtad a la especie humana. Al hacerlo, no estoy sugiriendo que dejen de ser leales a su nación. Cada uno de nosotros tiene un número de lealtades. Primero tenemos lealtad a la familia, luego lealtad a una comunidad pequeña, y así continuamos hasta llegar a ser leales a la nación. Aquí es donde estamos ahora. Lo que les pido es que agreguen algo más, una lealtad aún más extensa, a la humanidad. Creo que eso es esencial si es que hemos de sobrevivir.

En el último párrafo de mi discurso de aceptación del Premio Nóbel de la Paz dije: "La búsqueda de un mundo libre de guerras se basa en un propósito básico: la supervivencia". Pero si en el proceso aprendemos cómo lograrlo por el amor en vez del temor, por la bondad en vez de la violencia; si en el proceso aprendemos a combinar lo esencial con lo placentero, lo conveniente con lo benevolente, lo práctico con lo hermoso, este será un incentivo extra para que nos embarquemos en tan enorme misión. Pero sobre todo, no olvidemos a la humanidad.

(1999)

Copyright 1999-2000 Nuclear Age Peace Foundation. Se concede permiso para reimprimir si se cita la fuente. Para problemas o preguntas con respecto a esta página contáctese con wagingpeace@napf.org

Traducción de Rubén Arvizu

Joseph Rotblat nació en Varsovia en 1908, estudió Física en su Universidad licenciándose en 1932 y doctorándose en 1938. Se trasladó a la Universidad de Liverpool en 1939 para continuar sus trabajos de investigación en Física Nuclear. Formó parte del grupo de científicos británicos que se integraron en el proyecto Manhattan durante la II Guerra Mundial. Desde 1945 hasta 1949 fue director de investigación en física nuclear en la Universidad de Liverpool. Por motivos de conciencia en contra de la carrera de armas nucleares decidió cambiar su actividad hacia la Física Médica. Ha sido desde 1950 hasta 1976 profesor de Física en el Hospital de St. Batholomew de la Universidad de Londres, con trabajos pioneros en física de la radiación, en radioterapia con acelerador lineal, radiología y radiobiología. Ha sido durante doce años editor de la revista *Physics in Medicine and Biology*, presidente de la *Hospital Physics Association*, y del *British Institute of Radiology*. Su otra gran actividad que ha marcado profundamente su biografía, ha sido la desarrollada desde 1957 hasta 1973, como Secretario General de las Conferencias Pugwash, movimiento internacional que ha venido actuando sin descanso con el fin de acercar, durante la guerra fría, a los principales científicos de occidente y del bloque del Este, para crear una conciencia que ayudase a frenar la carrera de armas nucleares. Actualmente es el presidente de dicho movimiento y en 1995 recibió el Premio Nóbel de la Paz en reconocimiento a su trabajo en ese campo. Además, en 1997 fue galardonado con el Premio "Por Una Distinguida Vida Como Líder por la Paz" que otorga la Nuclear Age Peace Foundation.